

Mensaje al concluir la “Manifestación de fe” (21. 04.11)

Queridos hermanos y amigos:

Muchos de los que hemos participado en esta manifestación de fe, hemos escuchado esta tarde, en la celebración de la Misa de la Cena del Señor, el relato del lavatorio de los pies de los discípulos por parte de Jesús. Más aún, en muchos casos, hemos podido contemplar la representación litúrgica de ese gesto impresionante del Señor.

Jesús no solamente enseña con sus palabras llenas de sabiduría, sino también con sus gestos, muchas veces impactantes e incluso desconcertantes. Con el lavatorio de los pies, quiere grabar en el corazón de sus discípulos la convicción de que la autoridad no es dominio sino servicio, porque Él -el maestro y Señor- no ha venido a ser servido sino a servir.

Esta enseñanza de Jesús está dirigida en primer lugar a nosotros, a los pastores del pueblo santo de Dios, invitándonos a un sincero examen de nuestro proceder y a una auténtica conversión y renovación de nuestro estilo de conducción y de guía. Pero también es una invitación para los padres y educadores, a fin de desempeñen sus responsabilidades educativas en clave de un servicio amoroso a sus hijos y alumnos.

También quienes tienen responsabilidades en las distintas instancias de la comunidad civil: asociaciones, empresas, comercios, etc. y particularmente quienes ejercen la autoridad pública y quienes aspiran a ejercerla se verían ciertamente estimulados y enriquecidos teniendo presente esta sabia y bella propuesta del Señor.

El año que estamos transitando se desenvuelve en el marco de los bicentenarios de la independencia de nuestra Patria y está también caracterizado por los compromisos ciudadanos que debemos afrontar cuando seamos convocados a elegir nuestras autoridades públicas. Sería muy importante para nosotros procurar elegir dichas autoridades “en clave de servicio”.

Quienes por su parte se postulan para los distintos cargos electivos nos brindarán un hermoso ejemplo e inspirarán ciertamente nuestra confianza si se comprometen a ejercer sus responsabilidades también “en clave de servicio”

Un peligro puede acecharnos al formular y al intentar concretar estos propósitos de servicio. Es el peligro del desencanto frente a la comprobación

de la fragilidad e inconstancia humana que nos lleva en muchas ocasiones a la incoherencia y a la discontinuidad en nuestros compromisos.

Ante la fragilidad propia la respuesta debe ser, sin dudar, el esfuerzo por volver a empezar siempre, con tenaz esperanza, teniendo firmes los altos ideales que nos hemos trazado y procurando dar el paso posible, el que está a nuestro alcance y que en este momento estamos en condiciones de dar. La constancia en ese empeño se verá seguramente coronada con el éxito. Asimismo, hemos de estimular y ayudar para que todos los demás, cualquiera sea su lugar y responsabilidad se sientan invitados a intentar un camino semejante.

Otro peligro que puede acecharnos es la tentación de enrostrar a los demás sus y incoherencias y utilizar ese argumento como excusa para justificar nuestra falta de esfuerzo.

Ciertamente nadie puede lograr la coherencia total y menos de un momento para otro, pero la tenacidad y la perseverancia en el esfuerzo darán seguramente frutos. No obstante nuestros fracasos debemos intentar una y otra vez la consecución de nuestros ideales. Como Nación, como ciudadanos, “debemos aceptar nuestras derrotas, pero no vivir como derrotados”, decían alguna vez los obispos argentinos y esta expresión puede iluminarnos y estimularnos.

Por ello, desde la entrega salvadora de Jesús intentemos sinceramente acoger la gracia de la renovación de nuestra propia vida, intentemos también acoger la gracia de la fraternidad “para hacernos hermanos”.

Conforme al ejemplo de Jesús vivamos además esa gracia de fraternidad asumiendo el compromiso “de hacernos ciudadanos”, que no sólo habitan y usufructúan de la Patria, sino que “se la ponen al hombro” y la sirven generosamente.

Reafirmemos también nuestro compromiso de construirla con una conducta responsable, ejerciendo los propios derechos pero también y sobre todo cumpliendo cuidadosamente sus obligaciones en atención al bien común, construyendo una ciudad, una Provincia, una Patria justa, noble y verdaderamente fraternal.

¡Que el Señor los bendiga con abundancia en esta Semana Santa y les regale con la alegría desbordante que brota de su Pascua! Que así sea.

+ Carlos José Nández